

Reseña de Jordi MORERAS (2024): *Salam Barcelona : Mig segle de presència musulmana*, Bellaterra Edicions, Manresa, 129 pàgines.

Miriam CASTILLO GARCÍA

Máster en Estudios Árabes e Islámicos Contemporáneos, Universidad Autónoma de Madrid

miriamcasgar@hotmail.es

<https://orcid.org/0009-0003-0809-5390>

Para citar este artículo: Miriam CASTILLO GARCÍA (2025), “Reseña de Jordi MORERAS (2024): *Salam Barcelona : Mig segle de presència musulmana*, Bellaterra Edicions, Manresa” en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 38, pp. 281-283.

Conocer una ciudad puede ser una relación de años, incluso de una vida, porque hay que investigar profundamente todos los rincones que tiene y en algunos, hay que atreverse a entrar para descubrirlos. Hay fachadas visibles con interiores invisibles, y también al revés. Por eso existe esta obra: para dar luz a esos lugares que no vemos. En los cuales no nos detenemos o pasamos de largo. *Salam Barcelona: Mig segle de presència musulmana* es una invitación a mirar.

Jordi Moreras plantea un ejercicio de análisis sobre la ciudad y los ciudadanos, en concreto, pone el foco en la mezquita y en las interacciones desde dentro y fuera de la “comunidad” musulmán. El autor se convierte en un guía intelectual que acompaña al lector en este paseo conceptual, visual y de diálogo social. De esta forma des-problematiza muchas de las cuestiones que se abordan desde el prejuicio y la estigmatización, para darles un sentido hacia la convivencia como base fundamental de cualquier sociedad.

Esta obra retoma el hilo que ya agarró hace veinticinco años con la obra *Musulmanes en Barcelona. Espacios y dinámicas comunitarias* (CIDOB ediciones, 1999). Ahora vuelve a aquel punto de partida para comprender este presente en el que nos encontramos como sociedad. Así lo hace: señala los retos y reflexiona sobre los cambios, los conflictos y las nuevas generaciones.

El libro cuenta con varios puntos nucleares y lo primero es ver el cotidiano. Para lo cual hay que empezar con una pregunta típica, a la cual se responde de manera errónea o simple: ¿qué quiere decir ser musulmán o musulmana? Especialmente, en el contexto de una sociedad en la cual el islam no es una referencia social ni normativa. A partir de esta cuestión surgen todos aquellos matices a los que hay que prestar atención: la identidad, el contexto, la (in)expresión de la fe... En definitiva, tiene que darse una respuesta multidimensional y no limitarse a una imagen, de un imaginario que (no) tiene correspondencia con la realidad. La pista está en reflexionar y cuestionarse constantemente aquello que consideramos universal, válido y justo. También es útil valorar las otras estructuras fundamentales del prejuicio y entender por qué estamos aquí.

Barcelona se convierte en el centro de todas las preguntas, donde todavía no hay una gran mezquita, tomando como eje la realidad que acomete en esta ciudad y comparándola con las particularidades que la diferencia con el resto de las ciudades españolas. Así como los contrastes entre centro y periferia, que implican repensar desde diferentes perspectivas.

Empezando por las denominaciones de origen, pero sin caer en la trampa del etiquetado social. Aunque parece imposible, un primer paso está en empezar a replantearse esas ideas para poder avanzar en deconstruirlas. No es fácil considerando los modelos imperantes que siguen con la dicotomía de oriente contrapuesto con occidente, como dos categorías contrarias que no pueden tener un lugar en la complementariedad. En realidad, eso no es más que una falacia para segmentar el nosotros en el otros.

Un ejemplo de estas denominaciones complejas se encuentra en los espacios de culto musulmanes. Hay que tener en cuenta no solo el dónde sino también el cuándo. La memoria ocupa una función esencial para saber en qué punto estamos como sociedad. Las mezquitas son una parte necesaria para la vida en comunidad, no solamente para quienes son creyentes, también para aquellos que no lo son. Más allá de lo que puede parecer, como un lugar limitado a sus fieles, forma parte del plano urbano y de la vida en sociedad. Por eso hay que integrar las mezquitas como un espacio social, de encuentro y convivencia, más allá del culto. En el que surgen muchas preguntas sobre el género, como el papel que ocupan las mujeres en los espacios de fe. En algunos casos, restringiendo su entrada al rezo por una razón de aforo por las dificultades a las que se enfrentan la apertura de locales. Sin embargo, generalmente ocupan un rol esencial en las mezquitas, del que no debe prescindirse.

Otras de las cuestiones versan sobre las nuevas generaciones, ¿cómo se han transformado las dinámicas religiosas por las redes sociales? ¿Cómo se manifiestan en ellos esas herencias culturales? Aquí la identidad toma un papel importante, ya que contrasta con las de sus progenitores y con las de sus abuelos, pero la cuestión del origen sigue muy arraigada en ellos. Aunque se transforman las maneras de relacionarse, hay que ver si los entornos en los que suceden estas interacciones han cambiado y cómo se ha manifestado en ese paso generacional, todas estas variables plantean nuevas formas de vivir la religión.

También aparecen cuestiones sobre los creyentes, en una sociedad tan heterogénea, ¿quién los representa? ¿Quién ocupa el rol de “líder”? ¿Quién habla en nombre de ellos? ¿Quién decide? A veces parece que está limitado al colectivo musulmán, pero en varios asuntos como los relativos a la apertura de espacios de culto, se involucran agentes externos que impiden llevar a cabo estas iniciativas. En definitiva, entorpecen el ejercicio de un derecho fundamental.

Sin limitarse a los espacios de vida, también debe considerarse los espacios de muerte y uno debe preguntarse: ¿qué lugar ocupan en los cementerios la comunidad musulmana? ¿qué sucede cuando no lo tienen? Esta es una lucha abierta porque los creyentes se ven desprotegidos al no estar garantizados sus derechos a una muerte digna conforme a sus voluntades.

Todas estas cuestiones transversales aparecen en el libro y tienen una gran relevancia, por toda la implicación social en dar visibilidad a estas injusticias que persisten y que se deben de seguir reivindicando.

Al final, todas estas cuestiones han sido/son objeto de disputa, pero el conflicto no es la norma, como dice Jordi Moreras. Y no tiene que serlo. La vista desde fuera es panorámica y para ver en detalle: hay que acercarse. Es cierto que a veces, uno por sí mismo no contempla más allá de la superficie, ni lo piensa porque se limita a ver desde fuera. Sin detenerse y menos, adentrarse. Hay veces que uno necesita que alguien le guíe y le acerque para enseñarle a apreciar estos matices, para empatizar y comprender sin estigmatizar. Y a pesar de las sombras que puede haber, también hay muchas luces. Por eso es preciso mirar con atención, para ver más allá y encontrarse con estos rincones in-visibility del islam en Barcelona.